

Capítulo I

Mi nombre es Jonathan Silencio y me dedico a hacer lo que es necesario, por eso aquella tarde, mientras la noche y sus amenazas caían sobre la ciudad, rodeé mi cuello con la estrecha banda de tela, ciñéndolo, mientras mis manos, sin atisbo de temblor, preparaban el nudo con la seguridad que da la repetición. No era algo que quisiera hacer, pero era necesario. Apreté.

Aunque odio llevar corbata, el nudo windsor me queda genial, sobre todo con mi nueva camisa de cuello italiano. Me miré en el espejo, asegurándome de la perfección de la lazada, y me sonreí. Como decía Willis en aquella peli: Tú sonríe, cabrón.

La camisa italiana, igual que el traje color tierra y la corbata, eran parte de lo que había comprado con el dinero obtenido en mi último caso. A veces un traje nuevo disimula una piel gastada, y viene bien para relacionarse con ciertas gentes. En aquella tarde de diciembre, por ejemplo.

Gracias a mi último caso, una cosilla con licántropos, gané un buen dinero, un montón de cicatrices nuevas y algunos contactos interesantes. Y aquella noche mi traje nuevo y yo íbamos a trabajar para uno de esos contactos, una encantadora y anciana señora que estaba convencida de que alguien la había aojado.

La señora, doña Leonor, tenía tanta pasta que podría haberse rellenado las arrugas de oro en polvo, así que cuando me llamó y me contrató para descubrir quién le había echado mal de ojo y cómo resolverlo decidí que estaría encantado de ayudarla. Bastaría con pasar algunas horas con ella, hacer un par de pruebas en su casa y descubrir que se trataba de alguna manía tonta, alguna energía residual o una demencia de la anciana, dado lo raro que es el aojamiento en nuestros días. Pero la entrañable viejecita me había liado para empezar mi trabajo pidiéndome que la acompañara a un acto benéfico a favor de no sé qué organización sin ánimo de lucro y por eso estaba poniéndome mi mejor y único traje.

Apenas tuve tiempo, cuando llegué a su casa a recogerla, para acertar a colocar bajo su cama un plato con vinagre y un puñado de sal gorda. Si en tres días la sal se agrupaba en los bordes del plato como si trepase hacia fuera, sería una señal de aojamiento. Tras preparar esta primera prueba, salimos de la casa y subimos al cochazo de la anciana y poco después entrábamos juntos en el salón de un hotel situado en la Avenida Asturias, lleno de gente bien dispuesta a soltar algunos cheques, lavar sus

conciencias y hablar de los pocos millones que estaban ganando últimamente por culpa de la maldita crisis.

Doña Leonor me había pedido discreción, por lo que yo pensaba presentarme como su asesor personal ante cualquiera con quien entablase conversación. Por supuesto, en diez minutos ella ya había contado a varias sexagenarias que yo era un detective especial que la libraría del mal de ojo que padecía.

Bueno: peor sería que me creyesen un gigoló, aunque con el cuerpo de aquella entrañable viejecita sería complicado encontrar el pliegue en el que un gigoló pudiera concentrar sus esfuerzos.

Mientras ella se relacionaba con los de su clase, yo decidí dar una vuelta por el salón, buscando alguna pista. Alguien que mirase mal a doña Leonor, alguien que pareciese vigilarla: el mal de ojo se alimenta de la mirada del aojador, y una mirada con ese poder no pasaría desapercibida a mi control.

Claro que también era posible que hubiese sido hechizada de muchas otras maneras, pero por algún sitio había que empezar, así que me acodé al final de la barra, algo más larga que una piscina olímpica, y pedí un Jack Daniels, y como no me gusta que el alcohol embote mis sentidos cuando estoy trabajando, lo pedí con hielo.

Más o menos a mitad del vaso y al no percibir nada extraño ni miradas malsanas entre los asistentes, decidí volver con mi cliente y confraternizar un poco. En ese momento, doña Leonor estaba hablando con un par de mujeres, una de ellas monja. No son mi público preferido, pero los actos benéficos es lo que tienen. Cuando la anciana me vio, me instó a acercarme con un discreto y elegante gesto. Me fijé en sus acompañantes. La monja era bajita y seca como la pata de un canario, de unos sesenta años; la otra era una joven que yo ya conocía.

Rosario Delgado estaba preciosa, enfundada en un discreto y elegante traje negro de falda larga y amplia y una blusa de gasa blanca cortada a tablas, translúcida en la parte baja y con un discreto escote ilusión complementado de la misma gasa, que se prolongaba hasta las mangas tres cuartos, dejando que su piel se insinuase, sin mostrarse. Tenía esa belleza dulce que despierta en algunos hombres una mezcla de ternura y deseo, pero a mí particularmente lo que me apetecía era meterme bajo aquella falda con una cucharilla de postre y comérmelo todo.

- Jonathan, querido –doña Leonor estaba adquiriendo la mala costumbre de llamarme así–: permite que te presente a sor Inés, Abadesa de las Hermanas Agustinas, directora del albergue y nuestra anfitriona esta noche.

Saludé a la monja con una leve inclinación de cabeza a la que ella correspondió con cierta frialdad en sus ojos castaños y secos que pasaron, con estudiada lentitud, de los míos al vaso de *bourbon* que sujetaba en mi mano.

- Y esta encantadora jovencita –siguió Leonor– es Rosario Delgado, Doctora y una de las colaboradoras del albergue.

Nos saludamos de la misma manera, aunque Rosario apartó su mirada pronto, mostrándose más recatada que la monja, para un instante después volver a mirarme con expresión levemente desconcertada. Creo que estuvo a punto de reconocermme como el hombre herido que, unas semanas antes, había estado en su dispensario y, tras ser atendido por ella, había robado de allí unas cuantas medicinas. Pero no parecía estar segura.

- Este apuesto joven –doña Leonor seguía con lo suyo, sin enterarse del sobresalto de Rosario– es Jonathan Silencio, un investigador muy especial.

- ¿Investigador? –preguntó sor Inés, mientras cogía un canapé de la bandeja de un atento camarero que se había acercado a nuestro corrillo. Doña Leonor cogió otro.

- Es un detective que va a resolver mi problema –su tono se convirtió en un audible susurro que quería ser confidencial–. Creo que alguien me ha echado mal de ojo.

Rosario sonrió un poco mientras que la monja mantenía su tono serio. Yo encogí levemente los hombros, sonriendo también.

- Querida Leonor –dijo la monja–: parece difícil que un detective privado pueda ayudarte en eso... si es que el aojamiento es real.

Doña Leonor estaba ocupada habiéndoselas con su canapé, así que Rosario aprovechó para intervenir.

- Muchas veces esas supuestas rachas de mala suerte son síntomas de leves depresiones. Seguro que todo tiene una explicación racional.

- No todo –dijo sor Inés.

- No todo –dije yo.

- ¿Es usted creyente? –preguntó la monja, mientras doña Leonor se apuntalaba otro canapé.

Sonreí de medio lado.

- Oh, sin duda –respondí tras dar un sorbo a mi copa–. Creo en la vida más allá de la muerte y en muchas otras cosas. Muchas. Soy todo un creyente.

- Lo dice usted en un tono...

Un súbito ataque de tos por parte de doña Leonor interrumpió a la monja. Nos giramos para mirarla. La anciana tosió con fuerza, y un rubor intenso comenzó a teñir su rostro mientras que la respiración se convertía en un estertor. Los invitados cercanos se quedaron en silencio, mirándonos, y yo dejé mi vaso en la bandeja del camarero para tratar de ayudar a la vieja. Pero antes de que pudiese intentarlo, Rosario ya estaba detrás de ella abrazándola, con las manos entrecruzadas a la altura del esternón de la anciana y presionándole enseguida el pecho con calculada fuerza y manifiesta destreza. Dos secos apretones fueron suficientes para que doña Leonor tosiera con fuerza y expulsara lo que obstruía su garganta, respirando de nuevo con alivio, toda ojos llorosos y rubor.

Mientras la gente cercana se dirigía a la anciana con los típicos “¿Está usted bien?” o “Traedle un vasito de agua”, y felicitaban a la doctora por su rápida y eficaz intervención, yo me agaché y recogí el bolo escupido por doña Leonor antes de que nadie lo pisase. Sí, ese soy yo: el famoso detective que medra recogiendo vómitos de ancianitas.

Froté entre mis dedos la ensalivada pasta hasta que encontré algo duro, pequeño y puntiagudo. Lo separé para guardarlo en mi pañuelo y poder examinarlo luego más detenidamente, aunque a primera vista parecía un incisivo de algún animal pequeño. Extrañado, cogí por el brazo al camarero que había servido los canapés y lo aparté del grupo.

- ¿De qué son los aperitivos de esa bandeja?

- Buñuelos de trucha rellenos de escalibada de pimiento, señor...

Solté al camarero, pasando inmediatamente a mi visión de segundo plano. El grupo de gente alrededor de doña Leonor inundaba todo con las luces de

sus auras y me fue imposible distinguir ninguna amenazante entre todas ellas. Era como tratar de distinguir una gota de lluvia en medio de la tormenta. Pero sentía una amenaza: aquel pequeño diente en mi mano me pareció de repente muy frío y pesado.

Bajé la vista. Alrededor del diente, un aura de furioso color púrpura, llena de vetas negras, giraba enloquecida.

Capítulo II

La espesa nube de humo dibujó un súbito hongo en medio de la cola de clientes, que se dispersaron asustados formando una desordenada circunferencia en torno a la humareda. Ésta se disipó con rapidez y en su lugar quedó un hombre alto vestido con traje negro, camisa negra y corbata blanca, que señaló al guardia de seguridad con un gesto teatral, exagerado, y sin embargo efectivo porque el hombre cayó al suelo, sacudido por fuertes temblores y no se levantó más.

Nacho detuvo la imagen.

- ¿Qué te parece, Silencio?

- Me parece que voy a pedir otra copa.

Me levanté de la mesa que ocupábamos en la modesta cafetería de mi pensión y pedí en la barra otros Jack Daniels para darme tiempo a pensar la respuesta. Y porque me gusta el Jack Daniels, claro.

Nacho Ruiz es agente de policía, un ciclado adicto al gimnasio, sin demasiados reparos en aceptar sobornos y con una moral bastante elástica. Por eso me relaciono con él, supongo. A veces me pasa chivatazos e información útil para mi trabajo, y a veces me pide ayuda.

En este caso yo había llegado a la pensión tras la accidentada fiesta benéfica, encontrándome con el grandullón en la cafetería. Me estaba esperando acompañado de su portátil para mostrarme, me dijo, las imágenes de un peculiar atraco y se quedó allí mientras yo subí a ponerme ropa más cómoda y coger mi revólver, mi CEM, el portátil y una mochila: las cosas imprescindibles para pasar algún tiempo en casa de mi actual cliente, doña Leonor. Luego bajé para reunirme con él y entonces, mientras compartíamos unas copas, me enseñó el video, sacado de la cámara de seguridad de la tienda de ropa deportiva que había sufrido el atraco. Habíamos pasado el vídeo completo tres veces antes de pedir la segunda ronda.

Regresé a la mesa con las copas en las manos.

- Desde luego, a primera vista parece cosa de magia –opiné–. Y de magia poderosa.

Puso en marcha el vídeo de nuevo. El guardia de seguridad había quedado tendido en el suelo mientras el mago, con su mano derecha extendida con la palma abierta, amenazante, se movía entre los clientes. En su mano izquierda apareció una bolsa de seda oscura en la que los compradores fueron depositando sus carteras a medida que él pasaba a su lado, camino del mostrador.

- Los testigos dicen que el mago les ordenó entregar el dinero amenazándoles con usar su magia contra ellos tal como había hecho con el guardia –me contó Nacho con esa vocecilla suya extrañamente aguda para un tipo tan grandote.

- Lástima que esa cámara no tuviese sonido...

- ¿Te sería útil escuchar la voz del mago? –preguntó.

- No: es que me jode el cine mudo.

La cabeza del mago estaba completamente cubierta por una especie de ceñida capucha de tela brillante de un negro oscuro casi azul con algunas líneas blancas que parecían bailar con la luz y el movimiento.

El atracador se había llegado hasta el mostrador donde dos jóvenes atractivas y asustadas vaciaron la caja a toda velocidad. El mago apartó su mirada de ellas durante unos segundos fijándola directamente en la cámara de seguridad, inclinó levemente la cabeza a un lado y saludó con su mano derecha, agitando rápidamente los dedos. Después, los chasqueó en dirección a la cámara y la imagen se convirtió en una nube de puntos blancos y negros.

- Fin –dijo Nacho–. Y después, el tipo cogió el dinero del mostrador, salió del local y cuando los clientes se atrevieron a salir al pasillo del centro comercial, había desaparecido.

- ¿Tienes las imágenes de las cámaras del pasillo? –pregunté.

- Las cámaras de los pasillos sólo están encendidas después del horario comercial: cuestión de ahorro.

- Joder con la crisis... ¿Alguien recuerda haber visto al mago en los pasillos?

Nacho negó con la cabeza. Cerró el portátil y salimos a la calle, pese al frío

reinante, para fumar un cigarrillo. Los fumadores somos los últimos optimistas vivos: pese a todo, aún nos creemos capaces de vencer a la muerte.

- Es como si hubiera desaparecido al cruzar el umbral de la tienda de deportes. Como si se hubiera evaporado.

- Tendré que examinar el vídeo con más calma, Nacho. Es pronto para sacar conclusiones.

Sacó de su bolsillo una tarjeta de memoria que me entregó.

- Ahí he metido el vídeo y las declaraciones de los testigos. Échale un ojo y dime algo en cuanto puedas.

Genial: así tendré algo que hacer mientras vigilo a la viejecita, pensé.

- Te llamaré en un par de días. No me busques aquí, porque estaré en casa de un cliente: creo que necesita que lo cubran de cerca.

- De acuerdo. Y ten mucho cuidado con esto, Silencio: el vídeo no debe trascender.

Asentí. No era necesario que me lo dijese, claro: un mago atracando tiendas a plena luz del día sería la sensación de *youtube* y una mala publicidad para la policía.

- En este caso –siguió Nacho– la discreción es más importante que nunca: algunos jefes saben que interviniste en lo de los asesinatos de las prostitutas, y lo de que te pase ahora este vídeo es cosa de ellos.

- ¿Me estás diciendo que la poli me quiere como asesor y que saben lo del licántropo?

Miró a los lados como si temiese que alguien nos estuviese escuchando en aquella la calle desierta: siempre es muy melodramático.

- Te estoy diciendo que en la comisaría hay rumores, y los rumores se propagan, se escuchan. Y que puedes sacar algún dinero y un poco de reconocimiento por parte de los jefes si eres discreto en esto, y nos ayudas a pillar al Mago.

Acabé el cigarrillo dejando que el humo saliese por mi boca y aspirándolo

de nuevo por la nariz. Es un gesto muy chulo: parece que llevas tu propia nube en la cara.

- Le pillaré. Y hablaremos de mi tarifa.

- Ya me contarás.

Llegué a la casa de doña Leonor un rato después, ya de madrugada. Me abrió la puerta Candela, eterna señorita de compañía de mi cliente, ya más amiga que criada. Tenía algunos años menos que doña Leonor, lo que también sería una descripción acertada de las Pirámides, y llevaba toda su vida al servicio de la familia. Niña de la posguerra, emigrada desde un pequeño pueblo cercano a la capital, donde el único futuro era comer patatas con ajos y casarse con algún pastor, había llegado a la ciudad en los años cincuenta. Entró enseguida a servir en la casa y allí seguía.

Tenía intención de investigarla más a fondo, ya que era una de mis principales sospechosas como posible interesada en la muerte de doña Leonor. Y aunque las cosas no suelen ser tan fáciles como “el mayordomo es el asesino”, tampoco hay que descartar nada: no me gustan los cabos sueltos.

Candela me dijo que la señora descansaba ya, así que me ofreció un vaso de leche caliente, que rechacé, y me acompañó a mi habitación. La casa era muy grande, en realidad dos pisos unidos en un edificio ya de por sí imponente y lujoso, y la habitación de doña Leonor quedaba en el otro extremo. Supongo que habría resultado escandaloso e impropio dormir en la habitación contigua, así que me conformé.

Al quedarme solo, saqué de la mochila una botella de Jack Daniels, abrí la ventana para que el humo del tabaco se dispersase, y conecté el portátil disponiéndome a trabajar un rato en el material que Nacho me había pasado.

Tomaba notas en mi libreta mientras iba pasando el vídeo casi fotograma a fotograma. El proceso era largo, pero también emocionante: empezar un caso es siempre enfrentarse a la Esfinge, revelar la verdad. Y enfrentarse a un mago tiene el aliciente de intentar pillar su truco, aunque uno sepa, como yo, que la verdadera magia existe.

Descansé unos segundos para encender un cigarrillo y reflexionar sobre mis avances. Mi dedo ya se posaba sobre la rueda del Zippo cuando percibí, a medias por el olfato y a medias por ese sentido de lo preternatural

que va con mi naturaleza, el desastre que se avecinaba. Solté el mechero y salí a la carrera de la habitación, convencido por puro instinto de que no había tiempo para evitar la tragedia.